

PARTE SEXTA

LAS GRANDES FIGURAS
DE LA IGLESIA PRIMITIVA

TERTULIANO

Algunos datos biográficos. — Su carácter. — Sus obras. — El Apologético.

Quinto Septimio Florente Tertuliano nació en Cartago del año 150 al 160 de nuestra era en el seno de una familia pagana. Su padre fué centurión romano.

Recibió una educación esmerada y la mayor cultura que podía darse en su tiempo. Conocía a fondo la lengua griega y el Derecho.

Durante algunos años ejerció la profesión de Abogado y tras una juventud disipada y licenciosa, como él mismo dice, oyó la voz de Dios que le llamaba a la fe y al bautismo. Su conversión se efectuó en el año 197, cuando tenía unos 30 años de edad y fué debida a la admiración que le causaba la vida ejemplar de los fieles y el valor que mostraban en el martirio.

Fué, según parece, ordenado de Presbítero y desplegó una actividad increíble contra los enemigos de la Iglesia, gentiles, herejes y judíos.

Su carácter

Tertuliano es, ante todo, un polemista. Espíritu enérgico y de una erudición poco común al mismo tiempo que dialéctico formidable. Su genio impetuoso no sabía de contemporizaciones ni de términos medios.

Desde su conversión fué característico en él su desprecio por los filósofos paganos a los que llama «truhanes», despreciados de Dios y de los hombres», «patriarcas de todas las herejías».

Lástima que empañara sus glorias con la caída en el montanismo, herejía hosca y rigorista de su tiempo. A ello le llevó su mal domado temperamento, apasionado y extremoso, a pesar

de su gran apego a la tradición y de sus diatribas contra los gnósticos y herejes.

Sus obras

Los escritos de Tertuliano que han llegado hasta nosotros son 31, pero sábase también de otros siete ahora perdidos. De ellos 14 pertenecen al primer período, el católico, incluyendo los más principales, el *Apologético*, los dos libros *Ad nationes*, el *Adversus Judaeos* y *ad Scapulam*. Los dos primeros fueron compuestos al fin del año 197, el mismo de su conversión, y los otros en la primera mitad del tercer siglo. Murió hacia el año 220.

Todos los libros de Tertuliano son interesantes, pero especialmente el *Apologético*.

Dejemos los demás para detenernos en él, pues es el que más hace a nuestro caso:

Es un libro formidable, la mayor gloria del gran escritor y muestra espléndida de su elocuencia y talento. Jamás apolo-gista alguno hasta entonces había rayado a tal altura y pocos habrán llegado a ella en épocas posteriores.

Fin y contenido del libro

Va dirigido especialmente a los Magistrados y Gobernadores de las Provincias para demostrarles la injusticia e ilegitimidad de las medidas de excepción tomadas contra los cristianos y consta de una larga introducción de seis capítulos y de dos partes.

Creemos nos agradecerá el lector le transcribamos algunos párrafos íntegros para conocer su estilo y aplaudir su lógica y su elocuencia.

Introducción (c. I-III) (1)

«Gobernadores del Imperio Romano, que presidís, para hacer justicia, en lugar descubierto y elevado, casi en lo más alto de la ciudad de Roma, el Capitolio: Si no podéis examinar a la faz del mundo entero y sopesar a vista de todos, la causa de los cristianos para dilucidarla; si sólo en este asunto vuestra autoridad teme o se avergüenza de inquirir en público con diligente justicia; si, finalmente, como acaba de suceder, el odio a nuestra "secta", demasiado

(1) La traducción está tomada, en gran parte, de la del P. Guzmán Prado; Ediciones Aspas, Madrid.

entretenida en juicios caseros, obstruye el camino a la defensa, déjese a la verdad llegar a vuestros oídos, siquiera sea por la oculta vía de un silencioso escrito. No pide ella favor alguno para su causa porque tampoco se asombra de su condición. Sabe que procede como peregrinó en la tierra, que se halla entre extraños, los que fácilmente se tornan enemigos, y que, por lo demás, en los cielos tiene su familia, su mansión, su esperanza, su crédito y su dignidad. Entretanto UNA SOLA COSA PIDE: QUE NO SE LE CONDENE SIN SER CONOCIDA: UNUM, GESTIT INTERDUM, NE IGNORATA DAMNETUR...

La prueba de que no se la conoce, es, prosigue, que cuantos la odiaban antes de conocerla, dejan de odiarla en cuanto la conocen. Comienzan por odiar lo que eran y por amar lo que odiaban. De aquí esa multitud de ellos que os espanta. La ciudad está sitiada, se grita por todas partes; los campos, las aldeas, las islas, todo está lleno de cristianos. Lloráis como una calamidad que se alisten bajo este nombre personas de todo sexo, de toda edad y de toda condición, y ni siquiera sospecháis que debe haber para ello alguna causa, algún bien que escapa a vuestro conocimiento.

Todo malhechor teme ser visto, tiembla de ser descubierto, niega cuando se le denuncia. Sometido ya a juicio, no confiesa o sólo confiesa por temor; condenado, en fin, se aflige o se desconciela, se hace el proceso a sí mismo, y culpa a la fatalidad o a su estrella; ¿se ve algo de esto en un cristiano? Jamás se queja, nunca se arrepiente sino de no haberlo sido. Denunciado como tal, hace gala de serlo, considerándolo como una gloria; acusado, no se defiende; interrogado, es el primero en confesar que lo es; condenado, da las gracias. ¡Extraña especie de mal que no tiene ninguno de los caracteres de tal, ni el temor, ni la confusión, ni el arrepentimiento, ni el disgusto! ¿Qué clase de crimen es éste, cuyos culpables se gozan en él, cuya acusación colma sus deseos y cuyo castigo es para ellos una felicidad? Y cuenta que vosotros no podéis decir que es una locura, porque estáis convencidos de ignorar lo que es.

Primera parte

Refutación de los crímenes de que se acusa a los cristianos: infanticidio, incestos en sus convites, impiedad con los dioses (c. VII-XV), delito de lesa majestad contra los Emperadores (c. XXIX-XLV).

«Se dice que somos unos malvados, que en nuestros misterios degollamos un niño, que lo comemos y después cometemos incestos...

Así se dice y desde hace largo tiempo se repite... y, sin embargo no habéis tenido la curiosidad de comprobar el hecho.

O probad estas acusaciones, si las creéis, o no las creáis, puesto que no podéis probarlas.

Vuestro mismo disimulo prueba que esto es falso, porque no osáis verificarlo.

Por lo demás, no son esas las instrucciones que dáis a los verdugos. Estos nos piden no que confesemos o digamos lo que hacemos, sino que neguemos lo que somos...

Todos los días se nos asedia, todos los días se nos descubre, más de una vez se nos ha oprimido en medio de nuestras reuniones y asambleas... ¿Quién nos sorprendió jamás degollando un niño?

Pueblo turbado con la sangre de los cristianos, jueces tan íntegros para vosotros como para nosotros rígueros, ¿cuántos habrá en esa multitud inmensa a quienes voy a herir en la conciencia, reprochándoos que sois vosotros mismos los matadores de vuestros hijos? No hay diferencia más que en el género del suplicio. Por refinamiento de la crueldad, o los ahogáis, o los hacéis

morir de hambre y de frío o los exponéis a los perros: para éstos sería una muerte demasiado dulce el perecer por el hierro.

No adoráis a los dioses, decís.

Así es, en efecto; hemos dejado de adorarlos desde que hemos reconocido que no eran tales dioses...

Si me vuelvo a vuestros libros, en los que os formáis a la sabiduría y a vuestros deberes de hombres libres, ¡cuántas ridiculeces encuentro! Vuestros dioses han luchado entre sí por causa de troyanos y aquivos, batiéndose como gladiadores. Venus fué herida por la flecha de un mortal (Diómedes) al querer salvar a su hijo Eneas, semimuerto por Diómedes mismo. Marte quedó semi-consumido tras de trece meses como estuvo entre cadenas. Júpiter, de no liberarle cierto monstruo, hubiera sufrido la misma violencia de los demás habitantes del cielo, y ya llora la muerte de Sarpedón, ya, vergonzosamente enamorado de su hermana Juno, recuérdale sus anteriores amantes, entre las que ninguna, dice él, le ha inspirado pasión tan violenta.

Tras de esto, ¿qué poeta, autorizado con el ejemplo de su príncipe, no se dedica a deshonar a los dioses. Este destina a Apolo a guardar los rebaños del rey Admeto; aquél contrata a Neptuno como albañil a Laomedonte, rey de Troya. Hay también un poeta famoso entre los líricos — aludo a Píndaro —, quien cuenta cómo Esculapio, hijo de Apolo y nieto de Júpiter, fué herido por el rayo a causa de su codicia, pues ejercía de un modo criminal la medicina. Malo es Júpiter si de él es el rayo, despiadado con el nieto, envidioso con el hábil médico...

Mirad bien no sea ya un crimen de impiedad el quitar a los hombres la libertad de religión y prohibirles la elección de la divinidad... Mejor diríamos aún: Se otorga a los egipcios la libertad de practicar su religión..., cada Provincia, cada ciudad tiene sus dioses... Nosotros somos los únicos a quienes no es concedido tener religión propia. Ofendemos a los romanos y ni somos reputados por romanos, por cuanto no honramos a un dios que no es de romanos. Gracias a que es el Dios de todos los hombres, de quien, de grado o por fuerza, todos somos. Mas entre vosotros está permitido adorar a todo menos al Dios verdadero, *QUODVIS COLERE JUS EST PRAETER DEUM VERUM*, como si no fuese más bien el Dios de todos, del que somos todos...

El tercer crimen es el de lesa majestad.

Por nuestra parte invocamos por la salud de los Emperadores al Dios eterno, viviente y verdadero, a quien los Emperadores mismos desean tener propicio...

Tenemos, además, otra causa para rogar por ellos y por todo el Imperio y es que sabemos que amenaza al universo una terrible catástrofe y que aun el fin del mundo con todas sus desgracias se hallan retardadas por el curso del Imperio Romano... Más aún, sabiendo que así lo quiere Dios, el César es para nosotros más que nosotros mismos y que trabajamos mucho más útilmente por su salud, porque se lo pedimos a quien puede concederla...

Y no sólo a los Emperadores debemos hacer el bien; lo debemos a todo el mundo sin acepción de personas, sin esperar alabanzas ni recompensas de ningún hombre. Nuestro remunerador es Dios, únicamente Dios, que nos impone como ley este amor universal a todos indistintamente...

Y si, como hemos dicho, nos está ordenado amar a nuestros mismos enemigos, ¿a quién podríamos odiar?...

No obstante, aun habiendo sido perseguidos con tan furioso encarnizamiento que no se nos ha respetado ni aún en los brazos de la muerte, jamás se nos habrá encontrado buscando nuestra venganza. Y sin embargo, si nos fuera permitido rechazar el mal con el mal, nos hubiera bastado una sola noche y algu-

nas pequeñas antorchas para vengarnos de algún modo. ¡Pero lejos de nosotros la idea de que una sociedad divina se venga por medio del fuego humano o que se alija de las pruebas que la hacen conocer!

Que si en lugar de obrar sorda y cautelosamente se tratase de represalias públicas y claras, ¿nos faltarían fuerzas y tropas para ellas? Los mauros, los marcomanos, los partos mismos o cualquiera otra nación encerrada en sus límites es, acaso más numerosa que la que no tiene otros que el universo? Nosotros somos de ayer y llenamos ya hoy todo lo que es de vosotros; vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras asambleas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio, el Senado, el foro; no os dejamos más que vuestros templos...

Segunda parte (c. 46-50)

Canto emocionado a la religión cristiana.

«Ahora voy a describiros a mí vez, las ocupaciones, de lo que se llama la facción cristiana. Hasta aquí he refutado el mal: mostraré, pues, el bien. Por el sentimiento y la práctica de una misma religión, por la unidad de la disciplina y el concierto de la esperanza, constituimos un solo cuerpo. Nos reunimos para rogar a Dios y arrebatarle, como por la fuerza, lo que le pedimos. Esta especie de violencia le es agradable. Rogamos así por los Emperadores, sus ministros, las potencias, los reinos del siglo y por la paz del mundo y el retardo de su fin. En estas reuniones nos instruimos en las Sagradas Escrituras, que nos advierten o nos iluminan, según las circunstancias en que nos hallamos. Y en efecto; por medio de esta santa palabra alimentamos nuestra fe, levanta-mos nuestra disciplina inculcándonos sus preceptos. En estas asambleas tienen lugar exhortaciones, castigos y una censura divina; porque en ellas se juzga con gravedad y en presencia de Dios, y es un terrible prejuicio para el juicio futuro el pecar de manera tan grave que haya de verse excluido de la comunión de las oraciones, de las asambleas y de todo santo comercio.

Estas asambleas son presididas por experimentados ancianos que no deben tal honor al oro, sino al buen testimonio que se da por todos de ellos, porque nada de lo que se refiere a Dios puede comprarse. Aunque haya entre nosotros una especie de tesoro, no se forma de ningún tributo vergonzoso establecido para vender la religión. Cada uno aporta a él a fin de mes una módica suma, si así lo puede y lo quiere; porque no se obliga a nadie, y ésta es como el depósito de la piedad, de donde nada se saca para festines, ni para desagradables excesos, sino que se emplea en alimentar a los pobres, enterrarlos, sostener a los huérfanos, a los viejos criados, a los naufragos y a todos cuantos se hallan confinados en las minas y en las prisiones por la causa de Dios.

Y, sin embargo, estas obras de amor son las que más violentamente irritan contra nosotros a algunos de los vuestros. — ¡Ved cuánto se aman! — dicen. ¿Pero es que vosotros os odiáis mutuamente — ¡Y cómo se hallan dispuestos a morir los unos por los otros! — añaden. ¿Estaréis vosotros, sin duda, dispuestos a degollaros?...

Final del libro

Termina Tertuliano su *Apologético* con un reto valiente, como convenía y como lo es todo él: un verdadero desafío.

«¡Ea!, dice; seguid, buenos presidentes, que os hacéis mejores ante el pueblo si inmoláis cristianos. ATORMENTADNOS, TORTURADNOS, CONDENADNOS. TRITU-

RADNOS. Probación de la inocencia nuestra es la injusticia vuestra. Por eso sufre Dios el que suframos nosotros. Porque aún no ha mucho, al condenar a cierta cristiana al lupanar más bien que al león, habéis reconocido que una mácula en el pudor se reputa entre nosotros más atroz pena que todas las penas y que todas las muertes.

Pero de nada sirven cualesquiera de vuestras más refinadas crueldades; antes son un estímulo para nuestra "secta".

NOS HACEMOS MÁS NUMEROSOS CADA VEZ QUE NOS COSPARÁIS: SEMILLA ES LA SANGRE DE CRISTIANOS.

Muchos entre vosotros exhortan a sufrir el dolor y la muerte, como Cicerón en sus *Tusculanas*, Séneca en sus *Fortuitas*, Diógenes, Pirrón, Galínico. Mas con sus palabras no hallan ellos tantos discípulos como con sus obras los cristianos.

Esa misma "obstinación" que en nosotros reprendéis es una lección magistral. Porque, ¿quién al contemplarlo no se siente impelido a examinar qué hay en el fondo de tal fenómeno? ¿Quién tras de examinar el caso no se acercó a nosotros y, después de acercarse, no aspiró a padecer a trueque de comprar la plenitud de la gracia divina, a fin de alcanzar el perdón total mediante el precio de su sangre?

Porque no hay culpa que con el martirio no se perdone.

Cuando nos condenáis vosotros Dios nos absuelve.»

II

ORIGENES

Datos biográficos. — Director de la Escuela Catequística de Alejandría. — Persecuciones y triunfos. — Cesarea. — Sus obras. Su martirio.

Orígenes es uno de los hombres cumbres de la humanidad y, como tal, forma época en la historia del pensamiento humano.

No fué sólo un compilador de toda la ciencia de su tiempo, como San Isidoro, fué también un gran pensador, un creador de ideas originales. Añádase a todo ello una laboriosidad y constancia en el trabajo como se han visto pocas en el mundo.

Aunque no sea más que por sentimiento de justicia debe la Historia detenerse llena de admiración ante su persona y obra inmensa.

Datos biográficos

Orígenes nació en la ciudad de Alejandría el año 185, de familia eminentemente cristiana.

Tuvo por primer preceptor a su mismo padre, el gran Leónidas, mártir glorioso de Jesucristo.

De su infancia y juventud sabemos dos anécdotas emocionantes. Dice Eusebio que «hasta las mismas puntillas de su cuna le parecen dignas de memoria». Siendo aún niño se le veía interesado por las sagradas Escrituras que le enseñaba su padre y hacía tales preguntas sobre ellas que éste tuvo que reprimir sus ardientes impulsos.

Como padre, sin embargo, y como excelente cristiano, llegó Leónidas a sentir veneración y hasta respeto sagrado hacia un tan privilegiado hijo del que daba incesantes gracias a Dios, y por la noche, cuando dormía, le descubría el pecho y se lo

besaba religiosamente como a portador del Espíritu Santo.

Empezaron por aquel entonces los furores de la persecución de Severo. Leónidas fué detenido y llevado a la cárcel. Orígenes era aún un muchacho, pero lejos de intimidarse, lleno de verdaderos anhelos del martirio quiso compartir la suerte de su padre y decidió presentarse a la autoridad para confesar también él su fe y morir por Cristo. La madre tuvo que esconderle los vestidos para que no pudiera salir de casa a ejecutar su intento.

Ya que no podía imitar a su padre ni visitarle en la cárcel para animarle de palabra, el extraordinario joven le escribió una carta llena de la más viril valentía cristiana, felicitándole por su suerte y, para que no se mostrara débil por la solicitud de la familia, a la que su martirio iba a dejar en la miseria, le decía estas tajantes palabras: «Guárdate de mudar de ánimo por causa de nosotros.»

Con razón le llama San Jerónimo «magnus vir ab infantia»: fuerte y extraordinario varón desde su infancia.

Leónidas murió gloriosamente confesando a Cristo. Le fueron confiscados todos sus bienes a la familia, con lo que quedó en el más completo desamparo.

Una viuda rica alejandrina se interesó por ella y le socorrió en todo, pero poco tuvo que ejercer su generosidad. El animoso joven supo portarse como bueno y dando lecciones de Gramática y de Retórica pudo ganarse pronto lo suficiente para alimentarla por sí mismo.

Director de la Escuela Catequística

Fué un caso insólito y que manifiesta bien a las claras la gran estima de talento y de virtud en que se le tenía.

A los 18 años de edad tan sólo, el 202, fué nombrado por el Obispo de Alejandría, Demetrio, Director de la Escuela Catequística. Alto y prestigioso cargo.

Alejandría, capital de Egipto, era en el siglo III de nuestra era, una de las ciudades más florecientes del Imperio, la principal después de Roma y de Atenas. Florecientísima en el comercio, pues por su posición favorable estaba en comunicación con el Oriente y el Occidente, Asia, África y Europa, era también un gran emporio de cultura griega y de especulaciones filosóficas.

Los cristianos habían fundado en ella un centro catequístico, instituido primordialmente para instruir en los dogmas del Cris-

tianismo a los paganos que se convertían, pero que pronto llegó a ser la más principal escuela de Alejandría.

El primer Maestro y Director había sido *Panteno*, antes filósofo estoico convertido al Cristianismo; el segundo más célebre aún, su discípulo *Tito Flavio Clemente*, ateniense y convertido también.

El tercero *Orígenes*.

No pudo ser más acertada la elección.

Ninguno ciertamente más apto y digno que él a pesar de edad tan corta. Por su genio extraordinario, por su saber y virtud a toda prueba, superaba en mucho a sus dos predecesores, con haber rayado éstos tan alto.

El novel Director, por su parte, tomó con tanto celo su cargo y desplegó en él una actividad tan asombrosa, que parecía imposible a todos que su cuerpo, débil por complexión y más aún por sus austeridades, no sucumbiese a tales esfuerzos. Los sostuvo, sin embargo, todos los años de su vida, hecho que le valió entre sus contemporáneos, el epíteto de «diamantino» y «entrañas de bronce».

Maravilla, en verdad, lo que este hombre pudo hacer y escribir.

El número de sus producciones se calcula en unas 2.000, en 6 000 rollos.

San Jerónimo dice que «escribió más que otros pueden leer» y se afirmó también de él que para llevar sus obras, se necesitarían varias camellos, «onus multorum camelorum».

En medio de producción tan ingente se veía absorbido también por otras ocupaciones perentorias.

La primera fué la enseñanza, en que alcanzó gran renombre y fama universal y a la que tenía que dedicar gran parte de su tiempo.

Sus clases consiguieron tal prestigio que acudían a ellas hasta los paganos y las mujeres: con frecuencia se daba el caso de tener que trasladar a su auditorio a más grandes locales.

Se daba también a nuevos estudios.

A la edad de 25 años emprendió con todo ahinco el estudio del hebreo para la mejor comprensión de las Sagradas Escrituras. Estudió asimismo muy a fondo los sistemas filosóficos de su tiempo, tomando por maestro al más insigne profesor de entonces, Ammonio Saccas. Lo mismo hizo con la Gnosis para poder refutar el Gnosticismo.

Ni perdonó largos viajes a Grecia, a Palestina, a Arabia y a Roma, a donde llegó ansioso de conocer su antiquísima Iglesia.

Mientras tanto Orígenes vivía pobrísimamente. Siendo Director de la Escuela Catequística de Alejandría no percibía más

suelo que cuatro óbolos diarios, lo preciso para vivir. Dormía sobre la desnuda tierra, no usaba zapatos, comía poco y vivía sólo para la enseñanza y la oración.

Otro rasgo que muestra altamente su firmeza de carácter y al mismo tiempo lo profundo de sus convicciones religiosas y su fervor de espíritu. Por mala interpretación de las palabras de Cristo: «Hay eunucos... que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos», se mutiló a sí propio.

La cosa objetivamente fué un desvarío, pero nadie podrá dejar de admirar la férrea voluntad y amor a su religión y a Cristo de aquel hombre extraordinario en todo.

Persecuciones y triunfos

Parece que un varón tan conspicuo, el mayor genio de su edad y uno de los más grandes de todos los tiempos, había de quedar fuera de los tiros de las pasiones y malquerencias humanas.

Sin embargo, no fué así.

También él tuvo que devorar los más amargos sinsabores aun de parte de los suyos y que más debieran venerarle.

El año 216 se vió obligado a salir de Alejandría y de Egipto para escapar a la persecución de Caracalla. Se refugió en Palestina, en donde permaneció varios años, hasta que en el 231 regresó a su ciudad natal.

Comienza con esta fecha el segundo período de su actividad en la Escuela Catequística, el más glorioso y fecundo del gran sabio llegado ya a la madurez y apogeo de sus conocimientos.

Se ausentó de nuevo para realizar algunos viajes y llegado a Palestina, sus dos grandes amigos, los Obispos de Jerusalén y de Cesarea, le ordenaron de Presbítero.

Ello fué la causa de los mayores disgustos del hombre insigne.

El Obispo de Alejandría que tanta estima había tenido de él y nombrándole Director de su Escuela Catequística, se trocó ahora en el mayor adversario. Ofendido porque creía que le había sido arrebatado a su diócesis con la ordenación de Orígenes por los referidos Obispos, cometió el poco noble acto de publicar el hecho de su mutilación, deponiéndole además de la cátedra y aun excomulgándole.

Ante esta actitud de su Obispo no tuvo más remedio el benemérito sabio que buscar refugio en Palestina, entre sus Obispos benévolos, los que le acogieron con el mayor agasajo.

Se instaló definitivamente en Cesarea y allí continuó su vida y sus estudios con fortaleza de espíritu.

Abrió nuevamente cátedras de Filosofía y Teología y de Sagrada Escritura que llegaron a eclipsar a las de Alejandría. Al mismo tiempo terminó varios de sus libros y particularmente el más notable de todos ellos, las *Hexaplas*.

Las obras

Hablemos ya de ellas.

Queda anotado más arriba que salieron de su pluma unas 2.000. Producción asombrosa que pocos han igualado en la Historia, pero que, por desgracia, ha desaparecido en su máxima parte.

En tres grupos principales podemos dividirlos: *Apologéticas*, *teológicas* y *escripturísticas*.

Apologéticas

A ellas pertenece su *Refutación a Celso*, en ocho libros.

Es una verdadera apología seria e irrefutable.

Celso era un filósofo pagano, platónico, de fácil pluma, pero devorado por un odio irreconciliable contra el Cristianismo.

Para atacarle publicó un verdadero libelo difamatorio, la diatriba más violenta quizás de todo el paganismo contra la religión de Jesucristo. Todo sale allí violentamente injuriado: los libros sagrados, los dogmas, el culto y la misma vida de los cristianos. La Biblia es para él una taracea grotesca de necedades y fábulas ineptas: El autor del Cristianismo y sus discípulos, unos meros vulgares impostores; y sobre todo, la inculpación que más impresión podía hacer a los paganos: Que el Cristianismo y su propagación constituía el más grave peligro que jamás amenazara contra la prosperidad y aun seguridad del Imperio.

Para salir al encuentro del mal escribió Orígenes su obra en ocho libros. En ella hace resaltar, ante todo, la fuerza moral y perfección de la Iglesia. Sus obras son las que dan testimonio de ella, la defienden y exaltan. «Nunca hubo, dice, mago alguno que moviera a sus espectadores por la virtud de sus pretendidos prodigios a una reforma moral, a la santidad de la vida. Pues eso es precisamente lo que hace la Iglesia. La paciencia de los cristianos, su obediencia a las leyes, su fortaleza en el morir...,

todo demuestra que no deben su origen a un impostor ni a un ambicioso. La difusión constante por todo el mundo y las persecuciones llevadas a cabo contra los cristianos, dan, cada día, a nuestra fe un poder nuevo.»

Añádanse los signos supernaturales obrados por ella; los más estupendos milagros ciertos e irrefutables; las profecías hechas ya hace milenios y cumplidas manifestamente en su fundador.

Mas, para poder apreciar todo ese magnífico contenido, añade, se necesita un alma sincera que busque puramente la verdad; una investigación solícita y la aptitud para penetrar en el espíritu de la misma...

Por desgracia no es nada de eso lo que inspira a Celso en su obra. Él no se preocupa en lo más mínimo de comprender las Sagradas Escrituras; no consulta más que su odio: parodia, ridiculiza, desciende hasta la grosería inculca y con semejante proceder, lejos de proyectar claridad y luz, lo oscurece todo; lejos de elevarse se degrada a sí mismo.

Teológicas

Están comprendidas en el libro intitulado *Los principios*, obra filosófico-teológica, o si se quiere, una dogmática o exposición breve de los dogmas y principios de la religión cristiana. En ella es donde se encuentran todos los errores de que sus émulos le acusaron.

Enseña que, si bien la materia es creada, esto es, sacada de la nada por Dios, es eterna y ha existido siempre. La razón que aduce para probarlo es que si Dios hubiera podido no ser Creador un solo instante hubiera recibido después al crear en el tiempo, una perfección nueva.

Nuestro mundo actual, añade, no es más que un momento en medio de una infinidad de mundos que le han precedido y le seguirán... Las almas humanas que existen al presente, pecaron en una existencia anterior y por ello fueron aprisionadas en cuerpos terrenos hasta que sean elevadas a la vida superior a que están destinadas...

Es, como se ve, una especie de metempsicosis, enseñada ya en la antigüedad por los Pitagóricos y por Platón, y actualmente en la India por el Brahmanismo e Hinduismo.

De gran transcendencia ideológica es también lo que enseña respecto a la escatología.

Afirma que, al fin de los tiempos habrá una renovación de todas las criaturas, una especie de retorno a la unidad por la

fusión de todo ser creado en lo increado en la que toda criatura, aun la que es pecadora, purificada lentamente en el fuego vengador por la fiebre de sus remordimientos, entrará, al fin, en la amistad de Dios. Entonces quedará absorbida la muerte, espiritualizado el cuerpo y aun el mundo material transformado. Entonces comenzará el reino de la paz y concordia en el amor...

Ya ve el lector que en esta hipótesis no tiene lugar ni la condenación, ni las penas y apartamiento perpetuo de los réprobos de Dios, que enseña la fe católica.

Sabemos ya qué opinar sobre estas ideas. Algún autor ha querido vindicar a Orígenes demostrando que esas inculpaciones son falsas, pero no parece seguro su empeño. Más bien hay que confesar que fueron errores verdaderos infiltrados en este libro, escrito en la edad juvenil, y debidos a resabios neoplatónicos.

Hay que añadir, no obstante, en justicia y para defensa suya, varias observaciones.

La primera es que Orígenes siempre fué hijo sumiso a la Iglesia y acató incondicionalmente sus enseñanzas. Hermoso testimonio el que da de ella:

«La Iglesia, dice, es la única que está en posesión de la recta y verdadera fe. Ella sola garantiza el canon de las Sagradas Escrituras. La fórmula de la fe legítima es la que se halla en el símbolo bautismal... Los herejes llevan el nombre de cristianos pero, en realidad, son ladrones y adúlteros porque manchan los castos dogmas de la Iglesia...»

Sus doctrinas, en segundo lugar, no las expone Orígenes con pertinacia ni las da como ciertas y definitivas, sino que las trata con miedo como él mismo afirma.

«Las discuto simplemente, dice, según mis facultades; ejercito en ellas mi espíritu sin querer establecer nada de cierto y definitivo.»

Si a todo esto añadimos que varias veces se quejó de que sus enemigos falsificaban sus escritos y que en no pocos casos, eran éstos reproducciones hechas por sus discípulos de su enseñanza oral o de su predicación, podemos absolver de buen grado, al benemérito sabio. Sus errores fueron meramente materiales e involuntarios; escarceos especulativos, osadías de un gran genio en materias arduas ya de por sí y abordadas por primera vez en la Teología cristiana sin tradición y sin el trabajo desbrozador de otros.

Exegéticas

Son las principales e innumerables: comentarios, escolios, homilias sobre el Antiguo y Nuevo Testamento.

No conservamos más que fragmentos de su ingente producción, pero, por lo que nos queda, podemos asegurar que su exégesis abarcó toda la Biblia.

Con razón ha recibido el nombre de Padre de la exegética. De sus trabajos se valieron todos los Santos Padres, incluso San Agustín...

Nota peculiar de su exégesis son los tres sentidos que distingue en los Sagrados Libros: el *literal*, el *moral* relativo a la formación moral del hombre y el *anagógico* o *místico*. El Antiguo y el Nuevo Testamento se avienen entre sí como el símbolo y la idea, como lo exterior o corteza, con lo interno y medular.

Entre todos los libros de Orígenes merece lugar aparte su obra cumbre, gigantesca para un solo hombre y para su tiempo y de alcance y alientos modernos: las *Hexaplas*. Para fijar el texto genuino de la Biblia que estaba muy deformado por los yerros de los copistas, concibió por primera vez en la Historia la idea genial tan seguida desde entonces, de hacer una edición poliglota. Al efecto colocó en seis columnas paralelas y frente a frente: el texto *hebreo* sin vocales, el mismo con caracteres griegos, la traducción de *Aquila*, de *Simmaco*, de los *Setenta* y la de *Teodoción*.

La obra fué comenzada en Alejandría y los recursos cuantiosos para ella proporcionados por un discípulo suyo convertido por él, llamado Ambrosio, sumamente rico. Este gran Mecenas le costeó siete taquígrafos que escribían a sus dictados, más varios copistas que los sacaron en limpio. Se terminó en Cesarea y el original depositado en la Biblioteca de esta ciudad, de donde desapareció al ser tomada la misma por los árabes. Sólo poseemos algunos fragmentos traducidos al latín por San Jerónimo y Rufino.

El martirio

Ya queda dicho que el derramar su sangre y dar la vida por Cristo había sido la gran ilusión de Orígenes desde su juventud.

Envidió la muerte heroica de su padre y hubiera querido asociarse a ella. El martirio se alejó de él por entonces, pero le estuvo acechando durante toda su vida. Dios le guardó, sin

duda, en su providencia, para que fuera el ejemplo y gloria de su Iglesia, pero, al fin, se lo concedió.

Era el año 250, el 65 de su edad.

Corrían los días de la gran persecución de Decio y la furia vesánica del paganismo agonizante que no respetaba canas ni méritos literarios, se encarnizó en él.

Fué apresado y llevado al interrogatorio judicial cargado de cadenas, en que se mostró intrépido confesando sin vacilar su fe cristiana. En la cárcel se le sujetó al tormento de la separación de piernas, en que quedó muy maltrecho su cuerpo: se le amenazó con el fuego y sufrió otros duros suplicios. Pero nada pudo vencer su constancia. Otro cristiano amigo suyo, por nombre Alejandro, fué su compañero de torturas, pero más afortunado que él logró morir en la prisión a consecuencia de las misinas. Orígenes salió con vida y vivió cuatro años más. Con la suerte del amigo le veneraríamos hoy en los altares adornado con la inmarcesible y tan deseada corona del martirio.

Dios se contentó con el mérito.

Por fin murió el año 259 el hombre extraordinario que llenara su siglo, coronado de todas las glorias a que un cristiano puede aspirar en este mundo. Rico en merecimientos y en obras, pero pobre en extremo hasta el último día.

Tenía 69 años de edad y murió en Tiro. Bien puede descansar en paz el héroe del valor y de la santidad, el gran genio de su siglo. Dejaba en pos de sí la más luminosa estela de méritos: discípulos innumerables que le veneraban, libros salidos de su pluma que podían llenar una biblioteca y, sobre todo, ejemplos de virtud en la que sobresalió su fortaleza y humildad cristiana.

III

SAN JUAN CRISOSTOMO

La obra de una madre. — De anacoreta a Presbítero de Antioquía. Patriarca de Constantinopla. — Eutropio. — El destierro. — Su muerte.

La semblanza de San Juan Crisóstomo hay que comenzarla por su madre.

Refiriéndose a ella exclamó lleno de admiración el retórico pagano Libanio, primer maestro de nuestro joven, según nos refiere su «Vida»: ¡Oh dioses y qué mujeres hay entre los cristianos!»

Santa Mónica se dice que fué dos veces madre de Agustín: de *Anthusa*, que así se llamaba la del Crisóstomo, podemos decir algo semejante. Muerto muy prematuramente su marido, Secundus, que desempeñaba el principal cargo militar de Antioquía, Magister Militum, quedó viuda cuando apenas contaba una veintena de años: sobre ella, pues, recayó toda la educación de Juan: le dió, por tanto, la vida del cuerpo y del espíritu, plasmando en él su piedad, su fortaleza y grandes dotes de carácter.

A los veinte años era ya abogado y el orador más famoso de Antioquía. Muchos le comparaban con Demóstenes. Todo sonreía en el mundo al superdotado joven y hasta el mismo Libanio quería dejarle su cátedra, pero otros eran los planes de Dios.

Juan no se había bautizado aún siguiendo la extraña costumbre de los tiempos. Se decidió, por fin, a recibir el sacramento y desde allí su vida se dirigió a Dios plenamente. Su índole sincera y amante de la verdad no le permitía ir a medias con el mundo. A su mente se le imponía el evangelio íntegro; quería tomarlo en serio todo él y pensó en retirarse a la soledad, hacer vida de monje.

Mas, ¡cosa terrible para su madre!

¿Qué haría la pobre viuda sin él, que constituía su único consuelo y aliento en el mundo?

El diálogo entablado entre ambos, a raíz de la declaración del joven, fué de lo más patético y conmovedor. El mismo nos lo refiere:

«Cuando mi madre, dice, se enteró de mi propósito toméme de la mano y llevóme a la habitación en donde me diera a luz; rompió a llorar y me dijo cosas más amargas que las mismas lágrimas... Me hizo una pintura realista y llena de razón, de los afanes y peligros de una viuda joven. La presencia del hijo querido había sido su sostén y su dicha en medio de la desgracia.

Mi muerte, prosiguió, no está muy lejos: luego podrás tú navegar por los mares de la vida y nadie te detendrá. Pero, mientras tanto yo viva, tolera mi presencia: no te hartes de vivir conmigo ni te atraigas la ira de Dios haciéndome infeliz, ya que en nada te he sido molesta.»

Si es verdad, como reza el adagio latino, *filií matrizant*, que los hijos son, ante todo, el reflejo de las madres, podemos reconocer en la fuerza persuasiva y elocuencia de Antusa, un anticipo de la del futuro Crisóstomo.

No hay que decir que venció la madre. Juan permaneció con ella, sin abandonarla un momento, como el mejor de los hijos, pero cuando ella murió, en el año 373, Juan dió de mano a todo y se retiró al desierto próximo a Antioquía, en donde permaneció durante seis años entregado a la ascesis como un severo monje y a los estudios teológicos. En estos años escribió los dos libros contra los impugnadores del monacato y los seis famosísimos sobre el *Sacerdocio*, en los que canta con el mayor entusiasmo la dignidad y grandeza del mismo, al par que las gravísimas obligaciones que le incumben.

El año 386, muy a pesar suyo, fué sacado de la soledad para crearle sacerdote. Quedó inscrito entre los clérigos de la Capital de Siria a las órdenes del Obispo San Flaviano. Este, conocedor de las extraordinarias dotes de orador sagrado que le adornaban, le encomendó especialmente la predicación. Con ello empezó la carrera que había de extender su fama por todo el Imperio. El entusiasmo que suscitó con sus sermones y el deseo de oírle fué tal que se veía obligado a predicar varias veces al día, aun antes de amanecer y en las primeras horas de la noche para que también los jornaleros pudieran escucharle. Hasta los judíos y los gentiles concurrían a sus sermones y según afirman documentos contemporáneos, tenía que hablar frecuentemente a multitudes de cien mil oyentes, quienes no podían contener a veces el entusiasmo y coronaban su elocuencia con grandes aplausos aun en el recinto sagrado. No eran del gusto del orador estas exteriorizaciones y las reprendía.

«De ninguna utilidad me son vuestros aplausos, les dijo un día; lo que yo quiero es la enmienda vuestra.» Y en otra ocasión: «La gloria del orador no está en los aplausos de los oyentes, sino en su fervor en el bien.»

Había taquígrafos que copiaban sus discursos a medida que él los predicaba; así han podido llegar hasta nosotros en tan gran número, más de mil, generalmente Homilías sobre la Biblia que comentó en casi todos sus libros.

Un acontecimiento desagradable turbó la paz y bienestar de Antioquía en su tiempo.

Con motivo de un impuesto extraordinario estalló en el año 383 una sedición en la ciudad. La turba enfurecida e incontrolada, asaltó la Curia y maltrató al Prefecto. No contenta con eso, se ensañó con las estatuas del Emperador Teodosio, de la Emperatriz y sus hijos.

Después de perpetrada la falta cayeron en la cuenta los antioquenos, de la gravedad del caso. Se temía, como era natural, la venganza y castigo por parte de los ultrajados y se corrió incluso la voz de que iba a ser incendiada la ciudad.

En circunstancias tan azarosas el pueblo estaba aterrado y como fuera de sí aguardando el castigo inexorable. El Obispo Flaviano tomó sobre sí el papel de mediador y marchó presuroso a Constantinopla a aplacar a Teodosio y pedir perdón por la locura del pueblo... Mientras tanto quedó el Presbítero Juan al frente de la Iglesia y con la fuerza de su palabra logró hacer reanimar los abatidos ánimos y moverlos a penitencia para merecer de Dios el perdón que gestionaba su Obispo. *Veinte días* duraron la ausencia y gestiones del Prelado que, al fin, volvió con el indulto. Durante ellos dirigió el Crisóstomo a los antioquenos los bellísimos discursos que se conocen con el nombre de las *Estatuas* y que son la demostración más grande de la elocuencia cristiana de los primeros siglos.

Patriarca de Constantinopla

La elevación de simple clérigo de Antioquía a la sede primada de Oriente le vino al Crisóstomo por mediación de un hombre funesto de su tiempo: El famoso eunuco *Eutropio*.

Era éste el favorito de Arcadio, hijo y sucesor del gran Teodosio, que acababa de morir, pero que de tal manera se portaba que, como dice un autor contemporáneo, gobernaba al Emperador y al Imperio.

En uno de sus viajes al Oriente había conocido los extra-

ordinarios méritos y cualidades que adornaban al joven sacerdote antioqueno y puso los ojos en el gran orador para llevarle a la corte. En efecto, muerto el Obispo de Constantinopla, le hizo sucesor suyo.

¿Quién hubiera podido adivinar entonces los terribles lances que habían de mediar más tarde entre ambos? Pero así son los contrastes de la vida.

Difícil era sacar a Juan de Antioquía, ciudad que le idolatraba, y era posible que si se procedía abiertamente se produjera un alboroto. Por eso procuró Eutropio que se hiciera sigilosamente y con engaño.

La consagración y nombramiento de Patriarca se efectuó con toda solemnidad. El pueblo recibió gozoso al nuevo Prelado cuya fama se había extendido ya por todas partes y desde el principio le amó entrañablemente y estuvo siempre de su lado en pruebas y bienandanzas.

«Una vez tan sólo os he hablado, les dijo uno de los primeros días, y ya siento hacia vosotros el afecto de los que se han criado juntos... Estoy unido a vosotros por los lazos de la caridad como si de mucho tiempo hubiera gozado de las dulzuras de vuestro trato. Esto proviene no de que yo sea accesible a la amistad precisamente, sino de que vosotros sois amables sobre todo el mundo.»

Uno de sus primeros cuidados fué ordenar la propia casa.

Examinó cuidadosamente las cuentas del Ecónomo que manejaba los bienes de la Iglesia y encontró varios gastos que le parecieran inútiles y en particular los que se referían a la persona del Obispo. Inmediatamente cercenó el abuso aplicando lo superfluo a la beneficencia hacia los pobres. Construyó varios Hospitales en Constantinopla, que fueron los primeros creados en la Iglesia y en el mundo y exhortaba a los fieles que tuviera cada uno su Hospital doméstico para los pobres.

Eutropio

¡Inconstancia de la humana fortuna!

El favorito de Arcadio era un cínico y malvado. Arruinaba las Provincias, vendía los cargos, proscribía a inocentes y se apoderaba de sus bienes y hasta se había empeñado en abolir el derecho sagrado de asilo en el templo para no encontrar estorbo en ninguno de sus atropellos.

Al fin tuvo que expiar sus delitos. Cayó repentinamente en desgracia y un día recibió la orden tajante y aterradora de salir inmediatamente de la corte, con prohibición, bajo pena de muerte, de presentarse ante el Emperador.

Herido por este terrible golpe y más aún por el recuerdo de sus incontables crímenes, no tuvo más remedio el infortunado Eutropio que acogerse al asilo de la Iglesia que él tan encarnizadamente había combatido.

Corrió a ella enloquecido y se abrazó convulso a una columna junto al altar. El Emperador envió sus guardias para arrancarle de allí a la viva fuerza, pero ¡venganzas de la Iglesia! El Patriarca se opuso a la violencia y no permitió a los mismos la entrada en el templo... El Crisóstomo es conducido a la presencia del Emperador como rebelde, pero obtiene que se respete el derecho de asilo tan tradicional en la Iglesia y sólo combatido por el infeliz desalmado.

El pueblo se entera de lo que ocurre y renace en él el rencor hacia el favorito por tantos crímenes, vejaciones e injusticias cometidas y en grande muchedumbre se dirige a la Iglesia dispuesto a vengarse.

El espectáculo es soberanamente trágico.

El imperioso Ministro, tan honrado hasta la víspera, aplaudido en el Circo y en los teatros, rodeado de aduladores en todas partes, se encuentra ahora en la situación más desesperada y aflictiva. Allí aparece, pálido, temblando, asido a la columna sin otra ligadura que el terror. Las turbas hostiles le rodean: Es un león abatido sobre el que se blandía el afilado cuchillo.

En estas terribles circunstancias subió al púlpito el Crisóstomo para obtener uno de los mayores éxitos oratorios de la Historia: Hacer que se respetase el asilo santo; alcanzar el perdón para el hombre odiado a quien las turbas enfurecidas piden impacientes para la muerte.

El discurso del santo es improvisado, pero genial. Ni Cicerón ni Demóstenes hubieran estado a mayor altura.

Empieza echando en cara al delincuente sus crímenes, pero amansando, al mismo tiempo, a la muchedumbre por el espectáculo de la desgracia, de la inconsistencia de las cosas humanas y el estado lastimero del hombre desgraciado. Después acomete el reducto que parecía inexpugnable: el apaciguamiento del deseo de venganza por tantos crímenes y el perdón generoso para el inerme cogido como una fiera en su cubil. Y lo consigue en su magistral discurso.

Copiemos algunos párrafos del mismo:

«Vanidad de vanidades y todo vanidad, empieza diciendo en incomparable exabrupto: ¿Dónde está ahora el esplendor y brillo del consulado? ¿Dónde se esconden las hachas encendidas que precedían siempre a este hombre en su camino, las danzas y aclamaciones, los banquetes y las fiestas? ¿Qué se han hecho las coronas y ornatos de su cabeza, el ruidoso entusiasmo de la ciudad y los vítores en el Circo?

Todo eso ha pasado ya. Ha venido inesperadamente la más fuerte borrasca y echó por los suelos las pomposas hojas y se muestra ahora despojado el esqueleto del árbol.

¿En dónde están los falsos amigos, los convites y cenas? ¿En dónde el enjambre de parásitos...?

Todo desapareció: no eran más que un sueño de la noche y ha venido el día, se esfumó; eran flores de primavera y pasada ésta se marchitaron, fueron una mera sombra y pasó de largo; humo y se disipó, burbujas de jabón y reventaron, telas de araña y se rompieron. Por eso decimos con frecuencia el dicho del Espíritu Santo: Vanidad de vanidades y todo vanidad... Sentencia que había de estar grabada en las paredes, en los vestidos, en la plaza, en las casas, en las calles, en las puertas y en los atrios y, sobre todo, en lo íntimo de la conciencia de cada uno para meditarla con frecuencia: Vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Después de este exordio que desarma cayendo como una lluvia sobre la ira del auditorio, se vuelve al desgraciado Eutropio y le reconviene.

«No te acuerdas que te repetía con insistencia que las riquezas son fugaces...? ¿No te añadía que eran siervos ingratos de que nada podía esperarse? Pero tú cerrabas los oídos y no escuchabas. Pues mira la realidad. Ella te dice ahora elocuentemente que no sólo son siervos fugitivos e ingratos, sino homicidas que te han llevado hasta el trance en que te encuentras...

¡Contraste aleccionador!

Aquellos numerosos paniaguados que antes apartaban adulones delante de ti a los transeúntes cuando tú pasabas por la calle, y por todas partes se deshacían en alabanzas tuyas... huyeron; más aún: niegan ya tu amistad, buscando su propia seguridad en tu peligro... En cambio la Iglesia por ti tan hostilmente tratada, ha abierto su maternal regazo para acogerte... Te lo decíamos frecuentemente: Combates locamente la Iglesia y con ello te precipitas en la ruina... y he aquí que hasta la multitud del Circo en el que derrochaste el dinero afila ahora contra ti la espada; la Iglesia, en cambio, mira cómo se mueve para poder socorrerte en el peligro...»

El auditorio está ya preparado: no se ven más que caras meditabundas y aun lágrimas en muchos ojos. Entonces continúa el orador, volviéndose a él:

«Digo todo esto, hermanos, no para insultar al desgraciado en su infortunio, no para hundir más el naufrago, sino para enseñanza de los que navegan prósperamente no sea que también ellos se vean caídos un día en el profundo... Y también para ablandar vuestro ánimo y llevarle a la conmiseración. Contentaos con la pena ya grande caída sobre él.

Me decís con indignación, que se acoge a la Iglesia el que continuamente la insultaba. Así es:

Pero piénsalo bien: eso es precisamente lo que más glorifica a la Iglesia y muestra su poder y su clemencia. Su poder, porque Eutropio ha llegado a la desgracia por la guerra que le hizo: la clemencia, porque ahora saca ella su escudo y lo defiende en el apurado lance y, olvidada de las injurias pasadas, le abre amantísima su seno...

«Esto es, exclama imponente ya e irresistible el Crisóstomo: «esto es el mayor de los trofeos y la más ilustre de las victorias; esto lo que confunde a los judíos y a los gentiles: el que perdona al enemigo vencido y, viéndole rechazado y perseguido por todos, ella sola, como una madre carifosa le oculta

bajo su manto contra la ira del pueblo y del mismo Emperador. Este es el mayor ornato del altar...»

«Vaya un ornato, me contestas: permitir que se acoja a él a un hombre malvado, avaro y rapaz. No digas eso, hijo mío. También la meretriz tocó pies de Cristo, siendo tan impura; sin embargo no lo juzgó un crimen el Salvador, sino más bien, le dió la mayor alabanza y la admiró, porque no ofendió la impura al puro, sino que Cristo puro e inculpable purificó con su contacto a la meretriz pecadora...

No seas rencoroso oh cristiano, pues somos siervos de aquel Crucificado que dijo: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

El triunfo fué completo.

El pueblo, que no había traído a la Iglesia más que sentimientos de odio y de venganza, salió gimiendo conmovido e implorando misericordia a Dios y clemencia al Emperador.

El destierro

El santo Obispo siguió la ruta trazada por su deber de Patriarca: El ejercicio de la caridad y la predicación asidua.

Su palabra era a veces terrible, sobre todo contra el lujo y el boato de muchos, especialmente de la corte.

En una ciudad en donde pululaban los pobres, los hambrientos, los que morían de inanición, era repugnante el espectáculo del lujo loco de otros.

Un día empezó su sermón de esta manera en Antioquía:

«Os traigo hoy una embajada, una triste noticia... Al atravesar la plaza he visto yaciendo en tierra los desgraciados que tiritaban de frío y padecían hambre...»

Seguía después la pintura desgarradora de la miseria y como contraste, la descripción de los palacios opulentos, de las telas bordadas, de los vestidos suntuosos, de los zapatos de seda que llevaban al ágora para que fueran la admiración de las gentes.

Todo esto podía verse más aún en Constantinopla.

El lujo allí era asiático; las fiestas y banquetes de algunos felices, opíparos; los derroches sin medida. La corte era la que más escándalos daba en esta parte.

No hay que decir que el Santo Patriarca no calló, ni podía callar. Levantó su voz enérgica en nombre de la Iglesia condenando tales abusos y llamando a los de arriba, sobre todo para que dieran ejemplo y se preocuparan más de los hambrientos que de lujos y orgullos inmoderados.

Pero esto, ya se ve, le había de acarrear la enemiga de los grandes, especialmente de la Emperatriz, mujer dominante y vanidosa.

Eudoxia le había cobrado odio a muerte.

El Patriarca lo sabía, pero seguía imperturbable.

«¿Qué puedo temer yo?, dijo en un sermón. ¿La muerte? Ya sabéis que Cristo es mi vida. ¿La pérdida de los bienes?

Nada hemos traído a este mundo y nada de él nos llevaremos. Desprecio todos los terrores, y no hago caso de los bienes. Ni temo la pobreza ni deseo la riqueza, no me aterra la muerte; y si deseo vivir es únicamente por el bien de vuestras almas.»

Y añadió estas terribles palabras en que vieron una alusión a la rencorosa Emperatriz:

«Sabéis la verdadera causa de mi desgracia?

El no haber puesto en mi casa ricos tapices, ni vestidos de oro y de seda ni halagado a la molice y a la sensualidad de las gentes.»

«Algo queda aún de la raza de Jezabel y la gracia combate aún a favor de Elías. Herodías sigue pidiendo la cabeza de Juan y por eso danza.»

La conjuración empezó a urdir su trama contra el Santo Patriarca, amplia y sañuda.

Palaciegos, nobles, la familia imperial, incluso clérigos y obispos ambiciosos entraron en ella.

Llegado el momento arrebataron al Santo y lo metieron en un navío para deportarlo. El pueblo le despidió llorando, mientras él bendecía a Constantinopla.

Al día siguiente se sintió en la capital del Bósforo un violento temblor de tierra y todos vieron en él una demostración de la ira de Dios por el destierro del Patriarca. La misma Emperatriz quedó tan llena de pánico que dió inmediatamente los pasos necesarios para su regreso.

Este fué algo apoteósico. El entusiasmo y regocijo del pueblo fué desbordante. Los vítores y aclamaciones se sucedían sin interrupción en un río de público que llevaba como una ola gigantesca hacia la Iglesia, al Santo Patriarca.

De nuevo estaba el Crisóstomo en su cátedra sagrada. Las primeras palabras fueron éstas:

«¡Bendito sea Dios!»

«Lo dije al marchar y lo repito al volver y no me cansaré de decirlo...»

«Desterrado bendecía; vuelvo del destierro, sigo bendiciendo.»

«El verano y el estío tienen un mismo fin: la fertilidad de la tierra. Bendito sea el Señor que desencadena la tormenta y bendito sea el Señor que restablece la calma.»

Poco debía de durar la bonanza, sin embargo.

El orgullo femenino de Eudoxia estalló de nuevo.

Otra vez fué el gran Patriarca apresado y conducido a Arme-

nia. Allí vivió tres años con los de la región trabajando para traerlos a la fe.

El mundo cristiano se había conmovido ante su caso y de todas partes le llegaban visitas y cartas alentadoras, de lo mejor de la Iglesia que se acordaba de él. El mismo Papa le escribió y él, agradecido, le contestaba:

«El cuerpo habita en un punto de la tierra, pero la caridad está en todas partes. Aunque separado por tantas tierras estoy al lado de V. S.... Entre el hambre, la guerra, el contagio, los asaltos continuos, la soledad sin fin, la espada de los bárbaros, es para mí el mayor de los consuelos el que V. S. se acuerde de mí, me ame y me bendiga. Con semejante protección iría sin pena al lugar más desolado de la tierra.»

Al finalizar el tercer año fué trasladado a la costa oriental del mar Negro por el temor que abrigaba la corte al gran movimiento levantado en favor suyo. La marcha fué lenta por el agotamiento en que se encontraba el Patriarca.

Tres meses duraba ya el penoso viaje. Pero no pudo llegar al lugar del destino. Al pasar por el pueblo de Comana se sintió morir; pidió que le entraran en una ermita que se hallaba a la vera del camino y allí entregó su espíritu al Creador. Ni una queja, ni una inculpación contra sus enemigos.

Sus últimas palabras fueron: «Gloria a Dios en todo».

Así mueren los Santos.

Iabel había triunfado de nuevo y Herodías había conseguido el fruto de su danza.

Era una de tantas injusticias y maldades de la vida que salen incólumes y vencedoras. Mientras *arrastra cadenas la inocencia, sube la fraude al tribunal augusto.*

Pero no importa: *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

Eso demuestra, en todo caso, la necesidad en la providencia de Dios, de la existencia de otra vida en donde restablezca el orden y dé a cada uno lo suyo.

IV

SAN JERONIMO

Literato y clasicista. — En el desierto de Calcis. — Antioquía, Constantinopla, Roma. — El insigne escripturista. — Fundador de Genobios.

Un autor moderno define así al gran Doctor Escripturnista: «Gigante espiritual como San Agustín, pero de diverso género; más erudito y menos filósofo; menos Maestro que defensor de la fe, llamado por eso el león de la polémica cristiana» (1).

Fué natural de Stridón de Panonia, en la actual Dalmacia y nació probablemente en 331, de padres ricos y cristianos.

A los 15 años, sin haber recibido el bautismo todavía, fué llevado a Roma a perfeccionar sus estudios, para los que se le veía dotado extraordinariamente. En la ciudad eterna tuvo maestros tan distinguidos como el gramático Donato y el retórico Victorino, quienes le infundieron un amor apasionado a los clásicos latinos, especialmente a Cicerón y a Virgilio.

En la flor de la edad era ya un orador elocuente y un escritor erudito y clásico que escribía el latín como ninguno de su tiempo. Esta cualidad le distinguió toda su vida, hasta el extremo de tener escrúpulos de conciencia más tarde, cuando dedicado ya a Dios y a las divinas letras, escribía con la elegancia y castidad latina de Marco Tulio.

Famoso es a este respecto lo que él mismo nos cuenta, acaecido en sueños. Hostigado por los fantasmas de la fiebre se vió, una noche, emplazado repentinamente ante el tribunal de Dios. «¿Quién eres tú?», le preguntó el Juez divino. «Un cristiano», repuso él. «Mientes; tú no eres cristiano: eres un ciceroniano, pues donde está tu tesoro allí está tu corazón.»

En su vida como estudiante en la corrompida Roma, parece que cedió a los halagos de las pasiones y asistió con frecuencia a saraos y fiestas lascivas.

El recuerdo que conservó de ellas en sus años posteriores fué

(1) «Historia Universal», Weiss-Ruiz Amado, IV, p. 255.

muy triste por los pecados cometidos y por las huellas de fantasmas impuros que le dejaron y que le asaltaban continuamente en los primeros años después de su conversión, aun en medio de sus terribles austeridades en el desierto.

No vaya a creerse, sin embargo, que lo perdió todo el joven alegre en sus galanterías y amores frívolos. Conservó lo principal, lo que le había de regenerar y llevar a los altares: la fe cristiana y religiosidad recibida en el hogar doméstico y su amor y entusiasmo por los héroes del Cristianismo. Es significativo el hecho de que gustaba en aquel tiempo visitar frecuentemente las Catacumbas de Roma para meditar en la soledad de sus sombríos corredores y emocionarse ante los nichos de los gloriosos atletas de la fe, cuyas virtudes y santidad estaba entonces tan lejos de seguir.

En el desierto de Calcis

Hacia los veinte años de edad tuvo Jerónimo su camino de Damasco.

Acababa de morir inesperadamente a los 32 años el Emperador Juliano el Apóstata, atravesado por una saeta en la guerra contra los persas. Muchos aun paganos vieron en tan súbita y desastrosa muerte un evidente castigo de Dios por su persecución al Cristianismo «Dicen los cristianos, exclamaba un filósofo gentil, que su Dios es bueno y misericordioso; al menos no lo ha sido con Juliano, pues su venganza contra él ha sido clara y fulminante.»

Parece que el caso impresionó vivamente al joven estudiante deslumbrado por el mundo, y le hizo entrar dentro de sí.

Se decidió a recibir pronto el bautismo que le administró el Papa Liberio y cambió por completo el rumbo de su vida.

Deja los devaneos mundanales, se da a lecturas y estudios cristianos y viaja largamente por Asia y por Europa. En 374 llega a Antioquía cuando apenas tenía 30 años. En esta ciudad se detiene una temporada: oye contar los hechos encantadores de Pablo primer Ermitaño y con el mayor entusiasmo y cariño escribe su vida. Fué su obra primeriza, pero verdadera joya literaria. A ella siguieron otras dos más: las de *Malco* e *Hilarión*, monjes también. Se perfilaba en él la vocación a la soledad y a la ascesis y se determinó a seguirla; le impulsaba también la necesidad sentida de hacer penitencia por sus pecados de Roma.

Salió, pues, de Antioquía y se encaminó al desierto cercano, llamado de Calcis, en donde había numerosos monjes y anacoretas que rivalizaban en austeridades con los de Egipto.



San Jerónimo en el desierto haciendo penitencia

(Salzillo. Murcia)

Días espantosos le esperaban.

Jerónimo iba a la soledad en busca de paz y de lágrimas sosegadas, pero Dios le quería hacer sentir toda la acerbidad que con frecuencia hace gustar a los santos.

Los ayunos, las vigiliass y penitencias más terribles apenas contaban. Eran las penas del alma: las tentaciones, los fantasmas lúbricos de su vida de estudiante, los escrúpulos y apuros de conciencia...

Había de ser guía espiritual de otros y entraba en la providencia hacer que antes experimentara en sí las lides del espíritu y las amarguras de la expiación.

He aquí el relato patético que él mismo nos dejó escrito, de sus memorables luchas:

«¡Cuántas veces en aquella vasta soledad calcinada por el fuego del sol creía yo encontrarme en medio de las delicias de Roma! Estaba solo y mi alma entregada a sus tristezas. Un saco sucio deformaba mi cuerpo y mi carne tostada presentaba el aspecto de un etíope. Lloraba y gemía a todas horas; y si, a pesar de mis esfuerzos, me dominaba el sueño, mis huesos mal unidos parecían que se quebraban sobre la tierra desnuda. No quiero mencionar mi comida y mi bebida; en aquel desierto apenas los monjes enfermos se atreven a probar un poco de agua fresca; tomar un alimento cocido se tiene por destemplanza. Pues bien, yo que por temor del infierno me había condenado a una cárcel en la que convivían conmigo las serpientes y las fieras, me veía, con frecuencia, entre las danzas de los jóvenes de Roma. El ayuno debilitaba mi cuerpo, pero en el cuerpo helado, el alma se abrasaba en deseos; en mi carne medio muerta ardía aún el incendio de las pasiones culpables. En medio de aquella desazón me arrojaba a los pies de Jesús; los regaba con lágrimas, los enjugaba con mis cabellos y con semanas de ayunos trataba de domar la materia rebelde. No me avergüenzo de confesar mi desgracia; lloro más bien por no ser ahora lo que entonces era. Me acuerdo que muchas veces exhalaba gritos lastimeros cuando el día sucedía a la noche y no cesaba de golpearme el pecho hasta que la palabra de Dios que domina las tempestades, restablecía la calma. Mi celda misma me era odiosa, como cómplice de mis pensamientos. Siempre irritado contra mí mismo me iba internando solo en el desierto. Al encontrar algún valle profundo, un monte áspero, algunos peñascos abruptos, los convertía en el lugar de mi prisión y en calabozo de mi cuerpo miserable. Pero el Señor me es testigo: a veces después de haber llorado mucho y contemplado largamente el cielo me sentía transportado y me veía entre los coros de los ángeles». (Epíst. a Eustoquio, XXII.)

Antioquía, Constantinopla, Roma

Tres años duró la estancia de Jerónimo en el desierto, al fin de los cuales salió de él en dirección a Antioquía. Había quedado extenuado, con los huesos solamente y la piel ennegrecida. Cuando se presentó de nuevo en la capital de Siria era una perfecta imagen del Bautista.

El Obispo de la ciudad, Paulino, se empeñó en ordenarle de sacerdote, a lo que accedió él a condición de que podría seguir

siendo monje, cosa que no pudo realizar hasta más tarde, casi en los últimos años de su vida.

En el 378 pasa a Constantinopla y allí vive con su gran amigo el Patriarca del Oriente San Gregorio Nacianceno, tres años. En este tiempo se dedica especialmente a traducir al latín algunos Padres Griegos, en particular las homilías de Orígenes y la Historia Eclesiástica de Eusebio. En 382 le vemos en Roma en compañía de los Obispos del Oriente convocados en Concilio por el Papa San Dámaso. Da tan buena cuenta de saber en las consultas que se le hacen que el Papa le toma como *secretario* suyo.

Ha llegado la hora del apogeo de su gloria.

En Roma y en estas circunstancias es donde da comienzo a las dos grandes obras que le inmortalizaron y le hicieron tan benemérito de la Iglesia: La versión de las sagradas Escrituras y la dirección espiritual de personas selectas que le llevaron a ser fundador de Cenobios.

El Escriturista

El primer impulso en esta dirección de la actividad de Jerónimo le vino del Papa Dámaso. Este gran Mecenaz de los méritos literarios hacía tiempo que abrigaba la idea de dotar a la Iglesia Occidental o latina de una versión completa y lo mejor lograda posible, de toda la Biblia. Le pareció que nadie más a propósito por su cultura y conocimientos especiales en la materia que el insigne dalmata que poseía perfectamente el griego y conocía lo suficientemente el hebreo para la empresa. En efecto, Jerónimo, estando en el desierto, en los años de su penitencia, había abordado con tesón el estudio de la lengua hebrea, como si presagiara los futuros trabajos bíblicos. Su maestro había sido uno de sus compañeros eremitas, judío de nacimiento, que convertido al Cristianismo vivía en aquellos mismos parajes y le ofreció caritativamente su ayuda. Más tarde, estando en su retiro de Belén, nos cuenta él mismo cómo recibió lecciones particulares de otro judío, aunque no tan caritativo y desinteresado como el de Calcis, pues le exigía una gran paga.

Jerónimo puso manos a la obra, y parte traduciendo directamente del original hebreo, parte revisando traducciones latinas ya hechas, después de un trabajo gigantesco que enaltece su memoria, pudo llevar a feliz término su cometido.

Era la llamada *Vulgata*, el texto oficial de la Iglesia latina durante tantos siglos y de que ésta le quedará eternamente agradecida.

La gran obra salía, al fin, en la paz y sosiego de Belén, en

su monasterio construido por él mismo junto a la gruta del Nacimiento del Señor. Santa Paula le proveía de los libros necesarios: y sus monjes escribían a su dictado, corregían y copiaban con asiduidad y celo infatigable. Se terminaba el gran monumento el año 405 y había costado quince de incesantes fatigas. Obra de crítica, de cotejo detenido de manuscritos, de erudición nada escasa y que sólo podía compararse con la de Orígenes.

El estilo y lenguaje que siguió San Jerónimo fué el apropiado para el caso: corrección y elegancia en cuanto se podía sin esclavizar jamás la idea y la exactitud al verdadero texto. Su lema fué: fiel interpretación del sentido, en primer lugar y sólo en segundo el lenguaje y la belleza de la parte literaria. La Sagrada Escritura es la palabra de Dios y ésta es un tesoro intangible que debe respetarse fielmente, aunque sea necesario emplear para ello palabras o estilo menos elegante y aun bárbaro.

Fundador de Cenobios

Durante su estancia en la ciudad eterna había el secretario del Papa atraído con su elocuencia y saber y, sobre todo, con su fervor religioso, un grupo de damas de la más alta aristocracia romana que acudían con asiduidad a oír sus enseñanzas y recibir su dirección espiritual.

Entre ellas se encontraban los nombres siguientes: *Marcela*, de origen nobilísimo, descendiente de los Escipiones. Casada en su juventud, había enviudado pronto y llevada del amor a Dios, rechazados muchos pretendientes, había tomado el partido de una continencia irrevocable. Repartió a los pobres sus joyas y pedrería, su túnica de oro y su anillo de patricia y vestida con un pobre sayal se entregaba a la lectura de los libros santos y a la más rigurosa ascesis.

La segunda era *Asela*, entrada ya en años, pero venerada de todos por su gran virtud. Muy jovencita había dejado también sus collares y adornos y comenzado a seguir de cerca a Jesucristo. Ayunaba semanas enteras, pero sumamente buena y afable con todos, amaba con predilección a los indigentes, con quienes compartía todo lo suyo.

La tercera *Lea*, viuda ejemplarísima, que después de abandonar una vida de gran fausto se había convertido en protectora de Catecúmenos, a los que había construido un espléndido edificio.

Seguía *Marcelina*, hija del Gobernador de las Galias, admitida ya desde su juventud entre las vírgenes del Señor. Venían después, *Feliciana*, *Felicidad* y *Fabiola*.

Era ésta del linaje de los Flavios. Poseedora de una inmensa

fortuna, la puso toda al servicio de Dios y de los pobres. Fundó un Hospicio de peregrinos en la desembocadura del Tíber y el primer Hospital de Roma, y con el amor de un ángel cuidaba aun de los afectados de las más asquerosas enfermedades. De Persia, de Egipto, de Britania venían acciones de gracias de personas a quienes había salvado. Cuando murió toda Roma acompañó su féretro, honrándola así paganos como cristianos.

San Jerónimo exclama: «No; ni Camilo triunfó tan gloriosamente de los galos, ni Escipión de Numancia, ni Pompeyo de los pueblos del Ponto.

Innumerable fué la muchedumbre que precedía al féretro, y la corriente del pueblo que se le juntaba; ni las plazas, ni los pórticos, ni los tejados de las casas bastaban para contenerla. Roma vió reunidos allí todos los diversos pueblos que contiene tanto amigos como aliados para alabar la gloria de una penitente» (Hist. de Santa Paula).

Finalmente *Paula*, con sus cuatro hijas, *Blesila*, *Paulina*, *Eustaquio* y *Rufina*.

Paula era descendiente de la primera nobleza, muy rica y de notable cultura, pues hablaba el griego y el hebreo y cantaba salmos en esta lengua. De ella decía San Jerónimo que «era imposible encontrar un espíritu más obediente y humilde que el suyo». Se había transformado de dama ostentosa en la mujer más sencilla, modesta, penitente y amable para los menesterosos.

La casa de esta gran dama era el punto de reunión, el distinguido Cenáculo espiritual del que hablábamos antes y para cuya dirección fué invitado Jerónimo.

Su cometido lo llevó el agraciado a plena satisfacción de la selecta concurrencia. El aclaraba sus dudas, gobernaba sus conciencias, explicábales las sagradas Escrituras y encauzaba acertadamente el ejercicio de su espléndida caridad y beneficencia.

De este Cenáculo podemos decir también que salieron los futuros cenobios de Belén.

Trasladémonos junto al pesebre del Señor.

Allá ha llegado, por fin, el presbítero dálmata después de un año de peregrinar incesante por Chipre, por Palestina, por Egipto. Había visitado Cenobios orientales y Lauras de Palestina y venía decidido a terminar sus días en la paz del Monasterio entregado por completo a la gran obra, anhelo e ilusión de su vida, la versión de las sagradas Escrituras. El Papa Dámaso, que tanto le apreciaba, había faltado ya y este triste suceso, unido a las envidias y persecuciones de que fué objeto, le habían determinado a abandonar definitivamente la ciudad de los Césares que seguía siendo para él una nueva Babilonia. La Pro-

videncia lo había permitido todo sin duda, porque iba a quedar libre al fin para dedicarse de lleno a la gran obra.

Llegó a Belén llevando consigo unos cuantos compañeros decididos a compartir también su vida de ascesis y de retiro y allí quiso morar lo restante de su vida. Con lo poco que le quedaba de su patrimonio y con la ayuda de Paula, construyó un monasterio suficientemente capaz para sí y para sus compañeros



El Estudio de San Jerónimo (*Maestro Segovia. Museo Lázaro*)

presentes y por venir. Lo levantó junto a la Iglesia de la Natividad.

Era el primero de la nueva orden que surgía en la Iglesia y que plasmada por él había de heredar su espíritu para el bien del Cristianismo.

No lejos erigió Paula otro para sus compañeras, y además una Hospedería para peregrinos.

De todas partes acudían a las nuevas fundaciones hombres y mujeres deseosos de los bienes de la vida monástica, la paz y el exclusivo servicio de Dios. La unión y caridad, al par que el fervor religioso, reinaban en ambas comunidades y Jerónimo

daba gracias incesantes a la Providencia de que, al fin, podía dedicarse a él sólo.

Del espíritu de humildad, de oración y amor al trabajo del monasterio de Paula nos habla San Jerónimo lleno de la mayor satisfacción y alegría. Es un rebaño de ovejuelas del Señor que le aman de todo corazón y con simplicidad de espíritu y cantan incesantemente sus divinas alabanzas.

Respecto del suyo no es menor el entusiasmo por la docilidad y espiritualidad de sus monjes.

En una carta dirigida a Paula, Eustoquio y Marcela, pinta con el mayor contento y gozo de espíritu la santidad que en él florece. Habla de los que continuamente vienen a cobijarse bajo el amparo santo de sus muros huyendo de los ardores y maldad del mundo y dice emocionado:

«De todas las regiones vienen acá para dar ejemplo de todas las virtudes. Son diversas sus lenguas, pero la religión es la misma... Entre ellos no se ve asomar la soberbia; ninguno se enorgullece de su castidad, y si disputan es por obtener el lugar más humilde y el último de todos no deja de ser estimado como el primero. No se juzgan los unos a los otros por el temor santo del juicio de Dios. La maledicencia, tan común en otras partes, donde unos devorarían a los otros, es desconocida aquí completamente. Nada hay tampoco que respire lujo ni sensualidad... En esta campaña de Cristo es todo simplicidad y, excepto cuando se oye el canto de los salmos, todo silencio.»

Se encontraba Jerónimo feliz.

«Mi gusto, prosigue, es la soledad y el campo. Comemos aquí pan muy rústico, hierbas segadas con nuestras manos, leche y otros alimentos campestres, sencillos e inocentes. Con este género de vida, el sueño no puede descarriarnos de la oración; la pesadez del estómago no impide la lectura. En verano, la sombra de algún árbol ofrécenos refugio, en otoño nos brinda descanso, bajo un cielo benigno, algún techo de hojarasca; en la primavera las flores pintan los campos y el canto de los salmos resulta más dulce entre los trinos de los pajarillos. Cuando llega el invierno con sus fríos y sus nieves no siento necesidad de comprar leña; gracias al bosque próximo puedo velar o dormir, según me plazca, al buen calor de la lumbre... Guarde Roma para sí sus fiestas y tumultos; enrojezca de sangre sus arenas; resuenen en su Circo los gritos incesantes, reboten sus teatros de lujuria:... Nosotros estamos aquí sabiendo que lo bueno es unirse al Señor y colocar en él la esperanza, a fin de que el día en que cambiemos por el reino celestial nuestra pobreza actual, podamos exclamar: ¿Qué deseo en el cielo y qué he deseado en la tierra más que poseeros a Vos, oh Dios de mi corazón?»

En resumen:

Repitamos lo del principio: Jerónimo es un gigante del espíritu. Tuvo un carácter demasiado fuerte que chocó no pocas veces. Un genio y mordacidad contra sus émulos y envidiosos, tajante; pero aún así nadie dejará de ver en él una santidad recia y a toda prueba. Es uno de los hombres cumbres de su tiempo, del que la Iglesia es acreedora de máximos servicios.

SAN AMBROSIO

De Gobernador a Obispo. — Actividades pastorales. — Orador y poeta. — Un gran carácter al servicio de la Iglesia.

Era el año 374.

Acababa de morir el Obispo de Milán y, reunidos en Asamblea los fieles, deliberaban sobre la elección del que había de sucederle.

No había unanimidad de pareceres y la reunión iba resultando agitada. Las discusiones eran, a veces, acaloradas y no faltaban hasta las riñas y los golpes.

Un día se presentó en ella de improviso el mismo Gobernador de toda la región, que era también lo que llamaríamos ahora Jefe de Policía de la ciudad, con el ánimo de poner paz y orden. Nadie se asustó, sin embargo: por el contrario, recibido agradablemente y puesto en medio de los assembleístas, tomó la palabra y en una arenga elocuente, pero llena de cariño, logró tranquilizar y aquietar la concurrencia.

Y, ¡cosa insospechada!

Apenas había acabado su discurso cuando se oyó una voz infantil que salía de en medio de la muchedumbre:

«Ambrosio sea nuestro Obispo...»

Estas palabras que parecían venir del cielo fueron coreadas por todos los concurrentes y se repitieron en medio de aplausos y entusiasmo. «¡Ambrosio Obispo!» «¡Ambrosio Obispo!»

Quedaba hecha la elección de una manera tan providencial como democrática e inusitada.

Sólo Ambrosio aparecía contrariado. Se negó a aceptar alegando como razón su condición de catecúmeno. Crefa de todo corazón y era católico en el alma, pero no estaba bautizado aún y era impropio que un neófito subiera de repente a tan elevado cargo. Pero el pueblo, que tiene a veces intuiciones geniales,

vió en Ambrosio la ideal solución del conflicto y siguió con insistencia: «Caiga sobre nosotros ese pecado»; «Ambrosio sea nuestro Obispo.»

¿Quién era el tan apreciado Ambrosio?

Ya lo supone el lector.

Era el futuro gran Doctor de la Iglesia y una de las figuras más egregias indiscutiblemente de su época.

Había nacido en Tréveris, de una familia fervorosamente cristiana y senatorial. Muerto prematuramente su padre, habíase retirado con su madre y hermanos a Roma, en donde se dedicó al estudio de las bellas letras y del Derecho. Se distinguió como abogado por su saber y elocuencia y el 370 fué nombrado Gobernador de las Provincias de Emilia y Liguria.

Su residencia era Milán. Se portó tan recta y acertadamente que se ganó pronto y por completo las simpatías y confianza del pueblo.

A pesar del fervor cristiano de la familia, Ambrosio no había recibido aún, a la edad de 30 años, que eran la fecha de estos acontecimientos, el bautismo, cosa que a nosotros nos extraña, pero que no era inusitada en aquellos tiempos.

Aceptó, al fin, el cargo; se bautizó y se instruyó pronto de tal manera en la fe cristiana, que en nada se notó la falta de prolongados estudios anteriores. Desde el principio estuvo a la altura de su cargo; más aún, desplegó tal sabiduría y elocuencia, al par que tanto esplendor de virtudes, que atrajo a sí las miradas no sólo de todo el imperio sino aun de los mismos bárbaros. San Basilio le escribía:

«No conozco tu rostro, pero tengo delante de mis ojos la belleza de tu alma.»

«Del seno de una ciudad regia, Dios se ha escogido un hombre eminente por su sabiduría, por su nacimiento, por la belleza de su vida y por la elocuencia de su palabra para ponerle al frente del pueblo cristiano.»

Testimonio significativo también:

Se cuenta que los mismos generales de Argobastro, al saber que este caudillo era amigo de Ambrosio, le dijeron: «Ahora nos explicamos que venzas en todas partes.»

Actividades pastorales

No hay que decir que si Ambrosio había sido ya, hasta entonces, tan recto y bueno, en la nueva dignidad resplandecería con nuevos destellos de virtudes.

Distribuyó, como primera providencia, todo cuanto tenía entre los pobres y se hizo austero y penitente.

Su actividad fué, en sentir de todos, prodigiosa. Su biógrafo llegó a decir que hacía él solo más que cinco Obispos juntos. El cuidado de los pobres era su especial solicitud. Fundó Hospitales y albergues para ellos, apaciguaba las contiendas y amparaba a los oprimidos.

Y lo que más admiraban todos; a pesar del ingente trabajo que sobre él pesaba y de las mil solicitudes que le atraían, estaba siempre dispuesto a recibir a todos. Grandes y pequeños, ricos o pobres, todos tenían acceso a él.

Orador y poeta

La incumbencia de San Ambrosio como Obispo era la de todos: Bautizar, confesar, la administración de los bienes de la Iglesia, la gestión de todos los asuntos eclesiásticos; las obras de caridad y beneficencia, pero, sobre todo, lo peculiar y privativo: la predicación.

Predicaba al pueblo no sólo los domingos sino aun muchas veces entre semana.

Su oratoria no fué nunca florida ni rebuscada. No tenía tiempo para limar sus homilias; hablaba con el corazón y sin retóricas inútiles para el provecho espiritual e instrucción de sus oyentes y a que tan aficionados eran los oradores paganos de su tiempo; pero, a pesar de todo, y quizás por ello mismo, arrebatada a sus oyentes. La plenitud de su persuasión lo hacía todo e influía hasta en la facilidad de su palabra y en la gracia de expresión.

San Agustín gustaba de oírle cuando aún era pagano y nos dejó de su oratoria un bello recuerdo en sus Confesiones:

«Y llegué a Milán, dice, y al obispo Ambrosio, conocido por todo el orbe de la tierra entre los mejores, piadoso siervo vuestro, cuyos discursos generosamente suministraban entonces a vuestro pueblo *el pan que sustenta, el óleo que da alegría, y el vino que sobriamente embriaga*. A él era yo llevado por Vos sin saberlo; para ser llevado a Vos por él sabiéndolo.

Recibíome paternalmente aquel hombre de Dios, y con solicitud harto episcopal se interesó por mí llegada. Comencé a amarlo, al principio no todavía como a maestro de la Verdad — que ésta desesperaba yo totalmente de hallarla en vuestra Iglesia —, sino como a un hombre afable conmigo. Oíale con interés cuando enseñaba al pueblo, mas no con la intención que debía, sino para explorar si su facundia correspondía a su fama, o si fluía más o menos de lo que se decía. Estaba colgado de sus palabras, mas no prestaba atención a las cosas, antes las desdeñaba. Deleitábame con la suavidad de su palabra, aunque más erudita, menos festiva y halagüeña que la de Fausto, cuanto al modo de decir; porque cuanto al fondo, no había comparación, pues Fausto divagaba por las falacias maniqueas. Ambrosio, salubérrimamente, enseñaba la salud. Mas la salud está lejos de los pecadores, como era yo entonces; aunque poco a poco, sin saberlo, me iba acercando a ella...»

También como escritor es digno de mencionarse. Sus obras no manifiestan ciertamente al teólogo profundo y original ni al exegeta erudito, pero se leen con placer y provecho. Su exégesis es siempre alegórica y moralista al estilo de Orígenes, San Basilio y otros orientales.

El catálogo de sus libros, bastante largo, lo recogió Migne en tres volúmenes de su *Patrología latina*, el XIV, XV y XVI en donde podrá encontrarlo el lector.

La mayor parte de sus obras son exegéticas, homilias por él predicadas sobre los más diversos puntos bíblicos; pero también tiene otras sobre asuntos morales. Tales son los 3 libros *De Officiis Ministrorum*, 3 *De Virginibus*, 1 *De Mysteriis*, 2 *De Spiritu Sancto*, *Tractatus de Trinitate*, *De Fide Orthodoxa*, *De Dignitate Sacerdotali*, *De Poenitentia*, Oración fúnebre *De Obitu Theodosii*, etc.

Un gran carácter al servicio de la Iglesia

Pero lo que más avalora y pone de relieve la gran figura de Ambrosio es su energía indomable ante el cumplimiento del deber y la defensa de los derechos de la Iglesia.

En dos ocasiones especialmente lo dió a conocer de una manera inequívoca: en su lucha contra los arrianos y sus fautores y en el famoso lance con el mismo Emperador Teodosio.

Los Arrianos

Aunque condenado el arrianismo en el Concilio de Nicea, como recuerda el lector, perduraba aún en el siglo IV como una secta, aun en las mismas ciudades de hegemonía católica. Su influencia en Milán había llegado hasta el Palacio mismo del Emperador Valentiniano II, a cuya madre, la Emperatriz Justina, había conquistado para su causa.

Ambrosio no se daba tregua en combatir desde su cátedra y de cuantos modos tenía a su alcance, la herejía. Logró echarles de algunas Iglesias, como en Sirmio y Aquilea. Justina, irridadísima por esta causa contra él, movió a su hijo y a la Corte a que exigiera al gran Obispo la cesión de una Iglesia en la misma Milán para el culto de los herejes.

Ambrosio se opuso con la tenacidad que le era propia.

«Nunca un templo debe ser abandonado por el Obispo», dijo. «El palacio pertenece al Emperador, las Iglesias al Obispo: lo que es de Dios debe darse a Dios y al César lo que es del César.»

La tensión de ánimo duró casi un año entero. Hubo momentos difíciles.

Se llegó por parte de la Corte a enviar tropas a rodear la Catedral, pero todo fué inútil. La férrea constancia del Obispo lo venció todo. Todo Milán estaba con él, dispuesto a morir por su pastor si fuera necesario. Día y noche se veía la Basílica llena de fieles en guardia solícita para prevenir cualquier intento de asesinato o de secuestro. Llegó a tal punto la efervescencia del pueblo que fué preciso que San Ambrosio apaciguara los ánimos: incluso parte de los soldados enviados contra él se pasaban a su partido.

¡Días terribles, pero memorables aquellos! En ellos tuvo lugar la aparición del canto en la Iglesia de Occidente. Para que el pueblo que continuamente llenaba la Iglesia no se consumiera de tedio, mandó el santo Obispo que el Clero y los fieles cantaran a coro salmos e himnos sagrados. Fué un verdadero acierto y la impresión causada, enorme. El mismo Santo comparaba la alternancia de tantas voces, fuertes y débiles, varoniles y femeninas, al vaivén de las olas del mar. Un sentimiento de entusiasmo y de simpatía a su Obispo llenó los corazones todos y fué imposible al Emperador y a Justina seguir en sus pretensiones.

Terminó todo con el triunfo más completo del insigne Prelado. Hasta la corona imperial hubo de humillarse ante su virtud y entereza. El mismo Emperador decía con amargura que hasta sus propios soldados le hubieran preso y maniatado si Ambrosio se lo mandara.

Algunos años más tarde se repitieron las mismas escenas ante las pretensiones de Argobastro y el usurpador Eugenio de recibir la comunión después del asesinato de Justiniano II.

También en esta ocasión, puesto el pueblo de parte de su Obispo, llenó día y noche la Iglesia para defenderle y se oyeron los mismos entusiastas y sonoros cánticos. Entre los concurrentes más asiduos, sabemos, por el testimonio de San Agustín que estaba su santa Madre Mónica, siempre la primera cuando se trataba de las cosas de la Iglesia y en el aprecio de su Prelado.

Para el canto alternante de los fieles en los casos referidos y que se llamó «canto ambrosiano», compuso también el Santo algunos himnos de su propia inspiración que se han conservado y que la Iglesia ha incluido en su liturgia. Son tan bellos y de ideas y afectos tan elevados que bien merece su autor un puesto distinguido entre los vates cristianos: su estructura es de estrofas de cuatro versos en dimetros yámbicos. Se le atribuyen doce, pero los genuinamente auténticos son solamente cinco: «*Aeterne rerum conditor — Deus Creator omnium — Veni Re-*

demptor Gentium — Splendor aeternae gloriae — Oh lux, beata Trinitas».

Teodosio

Entramos en el trance más grandioso y significativo de la vida de Ambrosio.

Era Teodosio el gran Emperador cristiano a quien se debía la abolición definitiva del paganismo.

Hombre por otra parte religiosísimo y fervoroso amante de la Iglesia, pero propenso a dejarse llevar por los arrebatos de la ira.

El episodio terriblemente trágico lo cuentan Teodoreto (V, 17), y Sozomeno (VII, 25) y sucedió en Tesalónica.

Se encontraba en esta ciudad el jefe de las tropas Botarich, muy apreciado del Emperador, el cual tenía un hermoso muchacho que excitó la pasión de un auriga del circo, verdadero ídolo de los tesalonicenses por sus especiales habilidades.

Botarich lo encarceló sin miramientos y sin hacer caso de la protesta e indignación del populacho, pero éste llegó a tal punto en su apasionamiento que se lanzó contra la pequeña guarnición y asesinó a Botarich y a sus oficiales cuyos cadáveres arrastró además por las calles.

Teodosio recibió en Milán la noticia de tan injustificados y bárbaros sucesos y no hay que decir su indignación. Sus oficiales inflamaron más sus iras y dió orden de ejercer el más feroz castigo. Los habitantes de Tesalónica fueron atraídos al circo, y cuando estuvo lleno se mandó a los soldados acuchillarlos. Durante tres horas se entregaron a la matanza sin distinguir culpables e inocentes, edades, ni sexos: 7.000 hombres y, según otros 15.000, cayeron aquel fatal día.

Un clamor de indignación resonó en todo el Imperio. Habían pasado 80 años desde que se había puesto en el estandarte imperial la señal de Cristo y ahora se había ejecutado un hecho sangriento digno de los tiempos de Nerón o de Calígula. Teodosio revocó el decreto al percatarse de su atrocidad, pero fué ya tarde para remediar la catástrofe.

Espontáneamente todas las miradas se dirigieron a San Ambrosio que, por otra parte, era tan amigo del Emperador. Su *posición* como Obispo, su amistad con el Emperador exigían que amonestase a éste por su falta.

Teodosio se encaminó a Milán, pero Ambrosio lo evitó y salió al campo y desde allí envió al Emperador un escrito que debía leer él sólo (*scribo manu mea quod solus legas*). Con el calor de la amistad y el respeto del vasallo, y la unción de sacerdote, pintó a Teodosio la impresión que había producido en los ánimos

la sangrienta hazaña. Ningún sacerdote de su diócesis le daría la absolución; él mismo no se atrevía a ofrecer el santo Sacrificio en su presencia. Ya la sangre de un solo muerto inocentemente se lo impediría, ¿cuánto más la sangre de tantos inocentes? Le recordó el ejemplo de David y la necesidad de la penitencia a que le exhortaba.

La esperanza del Santo de que el Emperador procuraría la expiación, no se cumplió por lo pronto.

Teodosio parece haber mostrado la carta a sus privados y éstos le alentaron para no hacer caso de las amenazas del Obispo. Como para demostrar que nadie tenía derecho a vituperarle, el siguiente viernes el Emperador se dirigió a la Iglesia con la comitiva y ornato acostumbrado. Ya había pasado las puertas del vestíbulo y se acercaba a la entrada del templo cuando le salió al encuentro San Ambrosio con ornamentos episcopales y le dijo con gravedad sacerdotal:

«Veo por desgracia, oh Emperador, que no mides la gravedad del hecho sanginario que por tí fué ordenado y que tu espíritu no comprende la magnitud del pecado, aun cuando tu ira se ha aplacado ya. Acaso la extensión de tu poder te impide reconocer tu falta y la libertad de hacer cuanto quieres obscurece tu vista. Pero piensa que eres mortal como nosotros, que has de volver un día al polvo de que todos hemos sido formados y que el brillo de tu púrpura cubre un cuerpo débil. Piensa en los hombres sobre que reinas: son, como tú, hijos de un mismo Criador y Rey. ¿Con qué ojos quieres contemplar ahora el templo de este común Señor? ¿Cómo osarás poner tu pie en su santuario? ¿Cómo osarán tus manos elevarse a él cuando todavía chorrean sangre de inocentes? ¿Cómo quieres recibir el cuerpo del Señor, acercar al cáliz tus labios de los que salió la orden del asesinato de inocentes? No añadas un nuevo crimen al que ya te mancha: retráete y sujétate a la penitencia que te impone Dios, pues es el remedio para tu alma enferma. Si has pecado como David imítale también en la penitencia.»

El Emperador quedó conmovido: sintió que el Obispo no hacía más que cumplir con su deber y se volvió con lágrimas en los ojos...

Pasaron meses sin que él se presentara en la Iglesia, ni el Obispo en palacio. Cada uno guardaba silencio sobre el otro. ¿Qué pasó en el ánimo de Teodosio? No lo sabemos, pero sí que, al fin, venció la fe los movimientos del orgullo y la ira.

Ya se acercaba el fin del año. En la fiesta de Navidad el camarero Rufino halló a Teodosio por la mañana bañado en lágrimas. El semblante de Rufino se sonrió, pero Teodosio le dijo: «Tú te ríes y no sientes mi desdicha. La Iglesia de Dios está abierta para los esclavos y mendigos: a cada hora pueden acudir a rogar al Señor, pero para mí está cerrada y con ella la puerta del cielo.»

Rufino repuso: «No hay que tomar esto tan al pie de la letra:

yo reduciré a Ambrosio a que te absuelva.» «No, replicó el Emperador. Yo lo conozco. Por el temor imperial no hará cosa alguna contra la ley de Dios.» «Ya lo veremos», replicó el Camarero y corrió a la Iglesia. — «¿Qué quieres tú aquí, le dijo San Ambrosio, y qué significa tu aspecto descarado? Es sabido que tú aconsejaste al Emperador el sanguinario mandato y ¿no te oprime la memoria de ello?»

«El Emperador viene detrás de mí, dijo Rufino; no lo rechaces.» «Si viene le haré salir del vestíbulo y si quiere obrar como tirano habrá primero de herirme a mí.»

Rufino corrió a Teodosio que se acercaba al templo y le aconsejó que se volviera pues con Ambrosio no había nada que hacer. «No; ya no puedo tolerar esta pena, dijo Teodosio; voy y haré lo que él quiera.» El Emperador se detuvo ante las puertas: San Ambrosio estaba en el vestíbulo. — «Aquí estoy: líbrame de mi pecado.» «¿Cómo te atreves a acercarte al lugar santo? ¿Dónde está tu penitencia?» «Dime lo que he de hacer y practicaré la penitencia.»

Entonces el Obispo aconsejó que en lo futuro hubieran de transcurrir 30 días entre la sentencia capital y la ejecución de ella.

Luego el Emperador volvió a la Iglesia, se postró en tierra con oración, y no se levantó hasta que comenzó el Santo Sacrificio, para ocupar su asiento en el Santuario. San Ambrosio hizo sacar el trono del coro, pues la púrpura hace Emperadores, pero no sacerdotes. Y desde entonces cesó el uso bizantino de colocar el trono del Emperador en el coro (Teod. V. 17).

En nada menoscabó la humilde sujeción a la penitencia el prestigio del Emperador ante los ojos de sus súbditos. Más bien admiraron todos la grandeza del regio ejemplo.

Teodosio se mostró digno de sí y de su fe. Había pecado como hombre, pero lloró como cristiano su pecado.

No sólo no conservó animadversión al Santo Prelado que exigió de él humillación tan heroica, sino que decía de él lleno de admiración que no conocía otro obispo de la dignidad de Ambrosio.

El Obispo de Milán, por su parte, dijo de él en la sentida oración fúnebre pronunciada en la prematura muerte del magnate:

«Yo amaba a este varón porque le agradaban más las reprensiones que las lisonjas. Como Emperador no se avergonzó de la penitencia pública, y después no pasó día alguno de su vida que no llorara su pecado.»

VI

SAN AGUSTIN

**Por los caminos del error. — La conversión. — Obispo de Hipona.
— Sus obras.**

San Agustín nació en Tagaste de Numidia, hoy Suk-Ahrás, el día 13 de noviembre de 354.

Joven todavía perdió a su padre Patricio, convertido poco antes al Cristianismo. Ello fué causa de que su formación corriera providencialmente a cargo de su madre, Santa Mónica, a quien se puede decir que lo debió todo en la vida.

Se ha dicho, con razón, que Mónica fué dos veces madre de Agustín: madre en el cuerpo y en el espíritu, en lo natural y en lo sobrenatural. En el libro IX de las Confesiones lo reconoce agradecido el buen hijo y le rinde el más sincero tributo de agradecimiento.

Nada más emocionante y lleno de fe confortadora que el canto espiritual entonado por los presentes al expirar la santa y el desahogo de Agustín por medio de las lágrimas después del entierro:

«Apenas exhaló, dice, el postrer aliento, el niño Adeodato dió un grito, y rompió en llanto; y reprimido por todos nosotros, calló. De un modo semejante lo que había en mí de pueril, que me arrastraba al llanto, era reprimido por la voz juvenil del corazón, y callaba. Porque no nos parecía decente acompañar aquella muerte con quejas lacrimosas y gemidos; pues con ellos se suele generalmente deplorar la desgracia de los que mueren, o como su total extinción. Mas ella no moría desgraciadamente, ni moría totalmente: seguros de ello estábamos por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y por razones ciertas.

¿Qué era, pues, lo que dentro me dolía gravemente, sino la herida recién abierta, al romperse repentinamente la dulcísima y gratísima costumbre de vivir juntos? Congratulábame yo, ciertamente, con su testimonio: que en aquella misma última enfermedad, entremezclando sus caricias con mis cuidados me llamaba cariñoso, y recordaba con gran afecto de amor que nunca había oído de mi boca una palabra dura o injuriosa lanzada contra ella. Pero ¿qué tiene que ver, Dios mío, autor de nuestro ser, qué comparación hay entre la